

El robo de Lord Hamilton

Ariadna Santos Guerrero

Image not found.

Capítulo 1

-¡Esta situación es intolerable! – exclamó Lord Hamilton golpeando la mesa de madera maciza con fuerza. – Esta es la tercera vez que pasa y no pienso quedarme de brazos cruzados.

La señora Lavander y el señor Grant, quienes estaban sentados uno al lado del otro en el extremo opuesto de la mesa, se miraron de reojo sin decir nada.

Lord Hamilton golpeó un par de veces más la mesa hasta que el farolillo de aceite que se apoyaba en esta se tambaleó peligrosamente, amenazando con caerse y muy probablemente, crear un incendio en esa casa construida única y exclusivamente, de madera. Ni siquiera los cimientos resistirían a las voraces llamas que no tardarían en aparecer.

La señora Lavander se levantó rauda y veloz para sujetarlo y así, evitar su caída.

Cuando lo equilibró de nuevo, se alisó sus prendas y volvió a sentarse en su respectiva silla, recogiendo sus faldones para que no molestaran al señor Grant.

-Creo que está exagerando, Lord Hamilton. Esta situación no es para ponerse hecho un basilisco y mucho menos con nosotros. – Reclamó.

-¿Disculpe? – siseó malhumorado el Lord.

La señora Lavander empezó a emanar una gran cantidad de calor al ver que el Lord empezaba a malhumorarse. Al verla en ese estado, el señor Grant intentó calmar el ambiente.

-No se preocupe, milord. No ha perdido nada, no al menos valioso.

-¿Usted qué sabe si era valioso para mí o no? – espetó. – No se atreva a hablar en mi nombre.

-No es esa mi intención, señor.

-Milord – le corrigió.

-Milord... - respondió entre dientes. – Creo que la señora Lavander tiene razón. No está pasando un buen momento y está sobredimensionando las cosas. Nosotros podemos remplazar su pérdida.

-No será lo mismo.

La señora Lavander rodó los ojos.

-Déjenos intentarlo. – Insistió.

Lord Hamilton se pasó una mano por la frente. Esa situación le estaba poniendo de los nervios. Solo le faltaba que hubiera un ladrón en su casa.

-Quiero saber quién ha sido el culpable.

La señora Lavander y el señor Grant se miraron algo incómodos.

-Esto es ridículo... - murmuró la señora Lavander.

-¡Quiero saber quién ha sido porque no quiero tener un ladrón en mi casa!
– golpeó la mesa de nuevo.

La señora Lavander miró la mesa con tristeza. La pobre estaba pagando el precio de algo que no había hecho.

-Milord, entiendo su enfado. Pero no puede acusarnos de algo tan grave. –
Se defendió el señor Grant de tales acusaciones.

Lord Hamilton empezó a reír jocosamente.

-Por supuesto que puedo – contestó encarando una ceja. – Puedo y lo estoy haciendo. Ustedes dos son los únicos que viven en esta casa a parte de mí.

-Y poco nos quedaremos si sigue así. – Dijo la señora Lavander en un susurro que nadie más oyó.

-Y sé que no he sido el ladrón aquí, porque yo soy yo y por eso lo sé. – finalizó.

-Por esa regla de tres – replicó el señor Grant. – Yo también puedo decirle que no soy el ladrón, porque yo también soy yo, y también sé que yo no fui.

-Pues yo – empezó la señora Lavander. – Me he perdido entre tanto pronombre y tanta negación. Lo que sí que puedo decirles, es que no voy a consentir que me traten de ladrona y menos de mentirosa.

-¡Díganme quién ha sido! – exigió Lord Hamilton. - ¡Quiero saberlo ahora mismo! No les pago para que me roben y luego hagan mofas hacia mi

persona.

Hubo otro silencio, nadie dijo nada. Lord Hamilton tenía muchas cualidades, pero la paciencia no era una de ellas.

-Si no me dicen ahora mismo quien ha sido, los sacaré de mi casa más rápido que un rayo y se verán obligados a pedir comida en la puerta de la iglesia. Será todo un escándalo. – Lord Hamilton miró a la señora Lavander. – No creo que a su hijo le guste su posible situación social si no me confiesa quien ha sido.

Lord Hamilton esbozó una sonrisa ganadora, pero a la señora Lavander, las palabras no le asustaban para nada. Ambos se estuvieron mirando a los ojos. La mirada de la señora Lavander era... vacía, parecía no tener ningún tipo de sentimientos. Finalmente, el Lord apartó la vista, incómodo.

Quien sí que temía a las palabras, era el señor Grant. Y, al oír la amenaza por parte de su señor, intentó no asustarse, pero no pudo. Finalmente, e irritado por el silencio que se había producido escasos segundos antes, se levantó rápidamente de la silla y exclamó:

-¡Ha sido la señora Lavander!

La señora Lavander se llevó una mano al pecho al oír tal acusación.

-Ha sido ella, milord. Yo la he visto con estos ojos que Dios me ha dado – explicó señalándoselos.

-¿¡Cómo se atreve!?! – preguntó indignada.

-¡Oh! No intente negarlo, Marianne. La he visto. Esta mañana, mientras Lord Hamilton estaba en su despacho y yo arreglando el jardín delantero.

-¿Le parece correcto? – preguntó Lord Hamilton. - ¿Le parece satisfactorio haberse comido las últimas galletas que horneo mi madre antes de que muriera por culpa de la tuberculosis?

-Pero milord... - balbuceó la señora Lavander.

-Pero milord – repitió Lord Hamilton en un tono burlesco. – ¿Tantos años a mi lado para traicionarme de esta manera?

-¡No pienso tolerar que se hable de mi persona de esta manera! – exclamó ella levantándose de su asiento en un ataque de furia. – No tiene ninguna prueba.

El señor Grant abrió los ojos como platos. Se giró para quedar frente de ella.

-¿No ha notado nada raro hoy en la señora Lavander, Lord Hamilton? – preguntó sin apartar la vista de su compañera de disputa.

Lord Hamilton se tocó la barbilla, pensativo.

-No, la verdad es que no... - contestó al cabo de unos minutos.

-¿No le parece extraño que nuestra sonriente y alegre señora Lavander no esté regalándonos sonrisas en el día de hoy?

La señora Lavander ahogó una exclamación y se tapó la boca con las manos.

-No intente negarlo – continuó el señor Grant – no puede ocultar los trozos de galleta que aún restan entre sus dientes. – La acusó con una mueca de asco. - ¿Quería pruebas? Aquí las tiene. Ha sido usted y he podido confirmarlo.

La señora Lavander frunció el cejo, enfadada. Pero pronto lo relajó y de su rostro salió una triunfal sonrisa, dejando ver visibles los trozos de galleta que el señor Grant había hecho evidentes.

-¿Cómo puede culparme cuando es usted el verdadero culpable, señor Grant? – preguntó la señora Lavander sin despeinarse.

-¿Disculpe? - preguntó escandalizado. - Retráctese ahora mismo. - Exigió.

-No – negó con la cabeza. – No cuando tiene restos de chocolate en esa manga blanca tan limpia que siempre trae.

El señor Grant se miró la manga y murmuró todo tipo de maldiciones al verse visto descubierto por la señora Lavander, nada menos.

-¿Lo ve? – le dijo la señora Lavander dirigiéndose a Lord Hamilton. – Yo no he sido la única.

Lord Hamilton suspiró pesadamente. Se frotó las sienes con las yemas de los dedos. Esa situación era muy complicada para él. Dos de las personas en las que más confiaba, lo habían traicionado. No le quedaba más remedio.

-No me queda más remedio – dijo pesarosamente. – Debo pedirles que se

marchen. Hoy mismo, antes de que salga el alba.

-¡No puede hacernos esto! – exclamó el señor Grant. – Sabe que podemos hacer otra horneada de galletas, la señora Lavander tiene la receta de su madre.

-Lo sé. Y ustedes sabían tan bien como yo que si alguien se atrevía a tocar ese bote de galletas iba a caer sobre él un gran castigo. Nadie podía tocar ese bote, sin excepciones.

-Entonces – dijo la señora Lavander. – Usted también deberá dejar la casa.

Lord Hamilton abrió los ojos como platos y empezó a boquear como un pez.

-¿Puede repetirlo?

-Me ha oído bien, Lord Hamilton. Si nosotros debemos marcharnos de esta casa, usted también. Porque es igual de culpable que nosotros.

-¿Cómo puede acusarme de algo tan grave sin ni siquiera pestañear? ¡En mi casa y sin ninguna prueba!

La señora Lavander rodeó la mesa para acercarse a Lord Hamilton. Con su dedo índice, señaló una zona en la parte derecha del pecho.

-¿No son estas las migas de una de las galletas de chocolate que había en ese bote?

Lord Hamilton miraba fijamente como el dedo de la señora Lavander se dirigía al bote de las galletas que estaba en el centro de la mesa.

-¡Yo soy su hijo! – se quejó.

-¿A caso no recuerda las palabras que acaba de pronunciar? – preguntó poniendo los brazos en jarra. – Sin excepciones.

Lord Hamilton limpió las migajas de su abrigo de franela. Se colocó bien el cuello de la chaqueta un par de veces y acomodó su pelo de forma nerviosa.

-Bien – carraspeó. – Dados los últimos acontecimientos solo me queda una cosa por decir.

-¿¡El qué? – exclamaron ambos en un frenesí de emociones.

Lord Hamilton sostuvo el silencio durante unos cuantos segundos. Paseando su mirada entre ambos, viendo las reacciones de su cara y los nervios de sus cuerpos.

-Buenas noches.

Y, concluyendo la pequeña reyerta, Lord Hamilton se marchó a su habitación sin decir nada más.